

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ VALERO

PEDRO Cobos, hombre de ágora, expuesto al aire libre de la calle, arriba a Murcia con la democracia. Así lo recuerdo, dispuesto siempre, amigo con tiempo. Era jovial y lo aparentaba, quería hacerlo ver, mejor aún, quería que lo compartiésemos con él, por su palabra, por su presencia.

Como hombre de teatro, tendía a la desacralización, porque estaba en el secreto. Profesor heterodoxo, poseía el sentido pedagógico de la alusión.

Era de pueblo, pero no provinciano, de pueblo porque todo lo traducía a la gramática verdadera de la tierra.

Fiel a la *Celestina*, “que ninguna cosa es alegre posesión sin compañía”, contaba y el que cuenta, como se sabe por antiguas historias, se salva. Como su discurso era presencia, necesitaba siempre del interlocutor, de ahí su afición a contar oralmente.

¿Por qué la oralidad? Dramaturgo, orador de tertulia, administraba muy bien el ritmo, la disposición de sus contenidos, entre los que no podía faltar la broma, el chascarrillo picante. Solía recurrir a su conocimiento de los sufíes, experiencia, en su vida, definitiva, recuerdo que marcaba, subrayando especialmente, el desprecio por una lengua escrita con pesadez académica, discurso sin grietas por donde no pudieran distraerse juntos, escritor y lector.

A este propósito dice A. de Capmany en su “Filosofía de la elocuencia”: “El acento es el alma de las palabras, frías y mudas en la escritura; de la pronunciación reciben calor, sentido y verdad, porque el tono engaña menos que la palabra: así es que nadie duda de una injuria o de una burla, aun cuando las voces no sean injuriosas ni burlescas. El orador que no posee la gracia del énfasis del acento que le corresponde a su intención y objeto, quita toda la fuerza e impresión a la frase más enérgica. Llamo a este talento una gracia, por ser don de naturaleza”.

Este era su don, y para que permaneciese, nos dejó “La vida perdularia”, relato oral de la historia mágica de Murcia, intento de dar a la palabra parte de la memoria que le corresponde. Oigamos el texto: *Pero los Fajardo, con la villa por suya, no vieron con buenos ojos que los muleños siguieran con sus privilegios, usos y costumbres, los poderosos es que no ven bien casi nada, los muleños erre que erre hasta que ponen pleito y lo ganan, vaya, menos mal, alguna vez había de tocarle al pueblo* (pág. 98).

No falta, a veces, cierta información histórica que convierte al protagonista en un redicho, aunque generalmente parece cumplirse la poética machadiana, “confusa la historia y clara la pena”, donde importa más de qué lado se está, que la entrada en detalles anecdóticos.

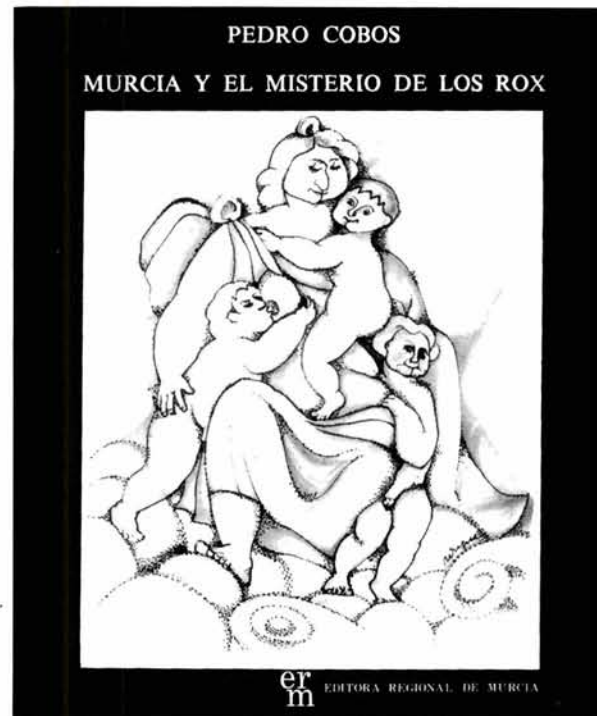
Pedro era consciente de que, a medida que ahondaba en sus escritos, estos exigían la soledad, se entraba así en la paradoja fundamental del escritor, y su fabular, que buscaba en los otros principio, le

iba haciendo más solitario. Coincide así con la crisis de la tertulia, de ahí que sus personajes quieran hablar con todos y para todos.

Cuando el pasado se convierte en conversación sobre el pasado, porque se aviva, se hace presente, y como no deja de ser pasado, al ser expuesto en el espejo del presente, a menudo, favorece una presentación irónica, basta recordar el mundo caballeresco sobre el que D. Quijote deparó con sus buenos amigos en la aldea.

Ironía que aquí roza el sarcasmo, fiel al escepticismo que preside el prólogo: *al Macero le cogió la vena de la histórica lamentación, esa vena que más valdría reventara por inútil y poco provechosa* (pág. 11).

No se trata, pues, de notas edulcoradas, gratas para nostálgicos, nada más lejos, la lectura del pasa-



do se resuelve con un predominio de la hipérbole y el impropio, lo que produce esa alfombra mágica en la que vertiginosamente recorreremos el territorio que hoy comprende la llamada Comunidad Autónoma Murciana.

Antes que un paisaje caduco, se trata de mostrar el gesto, el rasgo que nos define, encontrado en esa larga búsqueda de identidades donde estamos empeñados desde hace dos décadas, y lo consigue al dar con el acento, ese paisaje oral que nos confirma, porque si la lengua, como perspectiva, conforma el mundo, “La vida perdularia”, sin duda, resulta ya una parcela identificable en la diversidad española.